

correspondiendo á las bondades que tía Sidora había tenido con él, y persuadido de que, tanto la marinera como Silda, le escuchaban con sumo interés; y era la verdad... Como que tía Sidora le ofreció de corazón, un poco después, pan del día y una sardina asada, lo cual rehusó Andrés muy cortésmente. Pero al despedirse, ofreció volver á menudo por allí.

Cuando llegó á casa, le dijo su madre, comiéndole á besos, que ya no sería marino. La noticia, por de pronto, le dejó estupefacto; pero antes de averiguar si le alegraba ó le entristecía, y de preguntar á qué pensaba dedicarle su padre, pensó si debería volver inmediatamente á casa de tía Sidora para contar el suceso, ó dejarlo para otro día.

Porque ¡como él había dicho allí que iba á ser marino!...



X

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYLS"

DEL PATACHE Y OTROS PARTICULARES

1940, 1955 MONTERREY, MEXICO

EL negocio de Andrés caminaba en posta por la nueva senda en que le habían encarrilado la conspiración de la capitana y la elocuencia del señor don Venancio Liencres. Bitadura emprendería otro viaje á la Isla de Cuba en todo el mes de julio, y Andrea se había propuesto que, para cuando se ausentara su marido, estuviera preso Andrés con algún compromiso, por pequeño que fuera, á los planes del comerciante, aceptados al fin terminantemente por el capitán. Con los aires de la ausencia cambian mucho los pensamientos de los hombres; que son mudables de suyo; y, «por si acaso», desde el mismo día en que quedó acordado entre Bitadura y su mujer que Andresillo sería puesto á las órdenes de don Venancio Liencres para que fuera haciendo de él un comerciante, se le dió un maestro que en lección particular le repasara las

cuentas y le enseñara á escribir con soltura la letra inglesa, lo cual sería obra de dos ó tres meses y de un par de horas de trabajo cada día. Lo demás lo iría aprendiendo en el escritorio; pues, en opinión del comerciante del Muelle, medio día de práctica sobre el atril enseñaba más que un curso de partida doble en la cátedra de un maestro.

Entre los muchos consejos buenos que al neófito dió su madre, le encareció particularmente el de procurarse la compañía y el trato íntimo del hijo del comerciante, con quien, según éste había dicho y repetido al capitán, trabajaría en el escritorio y caminaría hasta el pináculo de su infalible prosperidad. Este preliminar le consideraba ella de mucha importancia; pues una amistad íntima, á la edad de los dos muchachos, se convierte años después en vínculo inquebrantable.

Bien conocía Andrés al hijo del comerciante. Se llamaba Tolín (Antolín) y era, en lo físico, poca cosa: delgaducho y pálido, aunque animoso. No le *convenían*, al *paso*, más de tres pies y medio desde la raya, y hacía muy mala *jaliba* cuando le tocaba *ponerse*; jugando al marro, le atrapaba cualquiera, sin más trabajo que cortarle el *atocadero*, porque se cansaba pronto de correr. Á las canicas era algo más diestro, pero poco lucido: sacaba mucha cuar-

ta, y además, la lengua. Dos veces había ido á la Maruca; pero no volvió allá, porque cada vez le había costado dos días de cama el descalzarse; é ir á la Maruca para no descalzarse, era como no ir. Por lo demás, torcía bastante bien los tacones de los borceguíes; tenía el charol de la visera tan roído y agrietado como el de la del mayor Adán, y el pañuelo del bolsillo bien empapado en barro de todos los colores: la mejor señal de que Tolín, aunque por la categoría de su padre pudiera y aun debiera serlo, no era de los *pinturines* ya mencionados, que jugaban á compás, con canicas de vidrio, en los Arcos de Dóriga ó en los de Bolado, después de barrerles el suelo un almacenero.

Todo esto sabía Andrés, porque Andrés conocía á todos sus coetáneos de Santander, altos ó bajos; y por saberlo muy bien, no le era antipático Tolín, aunque jamás se le hubiera ocurrido echársele por camarada de su preferencia; mas ya que se le encargaba tanto asociarse á él, trató de hacerlo sin la menor repugnancia, y lo consiguió bien pronto, porque la intimidad de Andrés era de las más codiciadas entre los chicos de su tiempo, prestigio que se explica sabiendo, como sabemos, que el hijo de Bitadura era tan apto para un fregado como para un barrido, y unía á la estampa distin-

guida y hasta gallarda de un señorito, la fortaleza y la soltura de un pillete de la calle.

¡Y vea usted lo que es juzgar por las apariencias! La amistad de Tolín le procuró uno de los placeres que jamás había gustado. Tolín tenía grandísima privanza en el *Joven Antoñito de Ribadeo*, patache que se atracaba junto á la escalerilla de la Pescadería, porque casi siempre llegaba cargado de carbón. Esta privanza de Tolín tenía por motivo los muchos favores que debía el patrón del patache al señor don Venancio Liencres, cuyas relaciones mercantiles en los puertos de Asturias eran muchas y buenas; y no solamente proporcionaba con ellas buenos fletes al *Joven Antoñito*, sino que le distinguía con señaladísimas preferencias, y jamás negaba á su honrado patrón un anticipo de dos ó tres mil reales, en días de apuro; es decir, un viaje sí y otro no, cuando mejor andaban las cosas...

Y aquí se hacen de necesidad unos cuantos párrafos consagrados á la especie *patache*, para que se tenga una idea bastante exacta de esos apuros del *Joven Antoñito de Ribadeo*; de la importancia de los favores de don Venancio Liencres al patrón, y, por consiguiente, de lo arraigada que estaría la privanza de Tolín á bordo de aquel patache.

Se ha porfiado mucho, entre ociosos y entre-

metidos, sobre si fueron ó no más valientes y arriesgados que Colón y que Blondín, los hombres que se embarcaron con el primero para ir en busca de un nuevo mundo, y el que montó en las espaldas del segundo para pasar por una cuerda tendida sobre los abismos del Niágara. Que si á Colón le alentaban la fe científica y la pasión de la gloria, y que si á Blondín le sostenía la confianza en su serenidad y en su experiencia bien probadas; que si los otros, tras del temor que podía caberles, sin ser muy aprensivos, de que entregaban sus vidas al capricho de dos locos, solamente iban impulsados por la esperanza de una buena recompensa... Cabe, en efecto, la disputa acerca de estos graves particulares, y me guardaré yo muy bien de terciar en ella con la pretensión de ponerme en lo cierto. Lo que hago es sacar á colación el caso para afirmar, como afirmo, teniéndole presente los lectores, que se necesita mucho más valor que para todo eso, y aun estar mucho más dejado de la mano de Dios, para entrar, con deliberado propósito, á navegar en un patache, lo mismo de patrón, que de marinero, que de *motil*; porque allí todo es peor en lo substancial, con ligeras diferencias de detalle. Allí no caben la fe científica, ni la pasión de la gloria, ni la confianza en la serenidad, ni la esperanza de lucro; allí no hay nada de lo bueno,

pero sí todo lo malo de las carabelas de Colón y de la cuerda de Blondín. Entrar allí para buscarse la vida, es tirar á matarse poco á poco y con mala herramienta.

El patache es un barquito de treinta toneladas escasas, con aparejo de bergantín-goleta. Supónese que estos barcos han sido nuevos alguna vez: yo nunca los he conocido en tal estado, y eso que no los pierdo de vista, como lo pueda remediar. Por tanto, puede afirmarse que el patache es un compuesto de tablucas y jarcia vieja. Le tripulan cinco hombres; á lo más seis ó cinco y medio: el patrón, cuatro marineros y un motil, ó muchacho cocinero. El patrón tiene á popa su departamento especial con el nombre aparatoso de cámara; la demás gente se amontona en el rancho de proa, espacio de forma triangular, pequeñísimo á lo ancho, á lo largo y á lo profundo, con dos, á modo de pesebres, á los costados. En estos pesebres se acomodan los marineros para dormir, sobre la ropa que tengan de sobra, y debajo de la que vistan; pues son allí tan raras como las onzas de oro las mantas y las colchonetas. Para entrar en el rancho hay, entre el molinete y el castillo de proa, un agujero; poco mayor que el de una topera, el cual se cubre con una tabla revestida de lona encerrada; tapa unas veces de corredera, y otras de

bisagras. De cualquier modo, si el agujero se cubre con la tapa, no hay luz adentro, ni aire; y si la tapa se deja á medio correr ó levantada, entran la lluvia y el frío y el sol y las miradas de los transeuntes; porque el patache, en los puertos, siempre está atracado al muelle. Cada tripulante, incluso el patrón, compra y guarda su pan (tortas de mucho diámetro, que duran cerca de seis días cada una). Con este pan, unas patatas ó unas alubias ó unas berzas, con un escrúpulo de tocino ó de manteca ó de aceite, para ablandarlo, todo ello á escote, y condimentado por el motil cuyas manos no tocan el agua dulce como no sea para revolver, dentro de la que echa en un balde, las patatas recién partidas, ó la berza después de haberla picado sobre el tejadillo de la cámara, á veces con el hacha; con este potaje, repito, y aquel pan, come la tripulación, en el santo suelo, alrededor de la cacerola, en la cual va cada uno, incluso el patrón, metiendo su cuchara cuando le toca. Así cena también las mismas patatas, las mismas alubias y las propias berzas. En ocasiones, en lugar de las patatas ó de las berzas ó de las alubias, hay bacalao, que el motil guisa en salsa roja, después de haberlo desalado dándole dos zambullidas en el agua de la Dársena, desde la borda, atado con un cordel. Para almor-

zar, un poco de cascarilla en un tanque... Y siempre lo mismo, cuando los tiempos marchan bien.

Ningún tripulante de patache gana sueldo fijo: todos van *á la parte*. Pero ¡qué parte! Por de pronto, el flete, en viaje redondo, aunque se abarrote la bodega y se encogolle el puente con barricas y tablones, no pasa mucho más allá de dos mil reales. De este flete, gana el 40 por 100 el barco; el patrón, soldada y media, y además el 5 por 100 de *capa*, ó sobordo, ó, lo que es lo mismo, sobre el flete cobrado. El resto se reparte entre los cinco tripulantes: seis, ocho, doce duros, ó quince lo más, á cada uno; cantidad que significaría algo, á pesar de su pequeñez, si el ir y venir y el fletarse de un patache fuera coser y cantar; pero ya se verá lo que hay sobre estos particulares.

Con alguna que otra excepción vascongada, el patache es siempre gallego ó asturiano; y si no hay carbón, ó manzanas, ó *tabales* de arenques que traer, llega á Santander en lastre: esto es lo más corriente. Ya está en la Dársena, atracado al muelle. Allá va el patrón, hombre ya picando en viejo, calmoso y de triste mirar, de escritorio en escritorio, de almacén en almacén, llamando á cada dueño por su nombre, saludándolos á todos finísimo y cortés, y acabando en todas partes con la misma pregunta:

—¿Hay algo para Ribadesella?

Una mañana, un día entero de gestiones así, le dan por resultado veinte sacos de harina, dos cajas de azúcar, ocho colofños de escobas, un catre viejo y dos fardos de papel de estraza. Y no hay más carga en todo Santander para Ribadesella. Los sucesivos correos van trayendo algunos pedidos nuevos; pero tan pocos y tan lentamente, que con una suerte loca llega á abarrotarse la bodega en poco más de mes y medio. Lo común es que el patache no complete su carga en menos de dos meses, ó que cierre el registro á media carga. Pero, en fin, ya está despachado y se pone en *franquia*; es decir, se desatraca del muelle y se fondea en medio de la Dársena, para salir á la marea de la tarde ó al nordeste de la mañana. Pues entonces, precisamente entonces, se le antoja al tiempo dar un cambio al noroeste y armar una marimorena que no se acaba, en invierno sobre todo, en menos de tres semanas, cuando no dura dos meses cumplidos; dos meses que, con los otros dos, suman cuatro. Pongamos tres, por término medio... ¡Tres meses de patatas, de pan y de tocino para seis hombres de buen diente, y con un puñado de pesetas, entre todos, para comer y vestir ellos y las familias de los más de ellos!

Ya amainó el temporal y apuntó el nordes-

te, y el barómetro sube. Leva el patache; y la propia lancha, con el esfuerzo de los propios marineros, le remolca hasta la canal. Iza allí toda su trapajería, comienza á desentumecerse y á inflarse, y luego á virar por adelante; y bordada va, bordada viene, en cosa de medio día está fuera del puerto. Si es muy afortunado, en treinta horas llega al punto de su destino; si es de mediana suerte, le coge una calma enfrente de Cabo Mayor, y allí se pasa las horas muertas hecho una boya; ó una serie de vientos redondos que le tienen seis ú ocho días atolondrado en la mar, sin saber á dónde tirar ni por dónde meterse; y entre tanto, la gente de á bordo, que no contaba con aquello, mano á la harina, ó á las conservas, ó á los fideos del flete; porque no es cosa de morir de hambre llevando la casa llena de provisiones. Si es algo desgraciado, arriba dos ó tres veces durante el viaje, lo cual supone otro mes de retraso; si es desgraciado más que algo, cada una de estas arribadas le cuesta un quebranto serio en el casco ó en el aparejo, y pone á los tripulantes en gravísimo riesgo de perder la vida. Pero, de todos modos, venturoso ó infeliz, más tarde ó más temprano, le coge un vendaval entre Tinamayor y Suances, que le trae en vilo hasta el Sardinero, si no le da la gana de estrellarle antes contra una peña. Desde allí me lo

planta de otro voleo en la boca del puerto, con rumbo á las Quebrantas. Unas veces le arroja en ellas de un tirón; otras le permite detenerse un poco, echando el ancla á medio camino de las fieras rompientes. En esta situación horrible, raro es el ejemplar que se aguanta hasta que cesa el temporal... Y, entre tanto, es la única ocasión que tienen los infelices tripulantes para abandonar el barco, que cabecea y tumba y danza, con las velas desgarradas y tremolando en su arboladura la jarcia hecha pedazos, juguete de las olas que le envuelven y meten el gigantesco lomo por debajo de su quilla.

Lo ordinario es que el ancla roñosa garree, ó se rompa la cadena, y que el mísero barco vaya á las rompientes, donde en breves instantes le convierte en astillas la fuerza incalculable de aquellas embravecidas mares.

Todos los inviernos devora este monstruo su ración de patache. En una sola tarde, no hace muchos años, he visto yo perecer cinco. Los cinco, después de entrar acosados por el temporal y de faltarles la virada suprema, la de la salvación, la que les aleja del abismo, habían tenido que fondear delante de las rugientes fauces del monstruo. Cuatro tripulaciones se habían salvado ya á duras penas, y la lancha de un práctico recogía la quinta, con heroicos esfuerzos, cuando yo llegué al castillo de la

Cerda. Momentos después, rotas las débiles amarras, desfilaban uno á uno hacia las Quebrantas, y, para llegar más pronto, á brincos, como cabra entre malezas, y desaparecían todos ellos en aquel infierno de espuma, de golpes y de bramidos.

También ha probado barcos grandes el paladar del monstruo aquél; pero muy de tarde en tarde, porque el barco grande huye de la costa cuando cerca de ella le coge un temporal; y si la necesidad le obliga á tomar el puerto y á fondearse en sitio peligroso, tiene buenas cadenas y mejores cables; y, por último, desde que los hay disponibles, pide un remolcador que le saque del apuro. El pobre patache navega á la costa, en la costa le cogen los malos tiempos, y en la costa los aguanta, porque no sabe ni puede andar por otra parte; sus cables y sus cadenas son, relativamente, débiles, y un remolque de vapor le cuesta lo que él no puede pagar.

Tal es su triste condición; la cual no ahorra, sino más bien duplica, con relación á otro barco más grande, las faenas de los tripulantes á bordo, donde todo es escaso y flaquea, y exige, por ende, mayores desvelos y más grandes sacrificios á cada uno.

En suma: trabajo incesante, comida misérrima, un pesebre por lecho, un mechinal por dormitorio, todos los riesgos de la mar, todas

as desventajas para correrlos, y la conciencia de no mejorar nunca de fortuna por aquel camino. Todo esto acepta, á sabiendas y de buena gana, un hombre que se decide á formar parte de esa legión de héroes de la miseria, de las angosturas y de las fatigas, que ni siquiera tienen por estímulo la triste esperanza de que al acabar su carrera estrellados contra un peñasco, ó arrastrados por torbellinos de arena y ondas amargas, se grabe su martirio en la memoria de las gentes, ó merezca siquiera su conmiseración; pues hasta la que se siente por los naufragos de *alto bordo*, se regatea á los de un mísero patache. ¡Tan necesario é inevitable se conceptúa su desastroso fin!

Y ahora pregunto: ¿es comparable este valor pasivo y desinteresado, con la fiebre ambiciosa de los hombres que acompañaron á Colón en su primer viaje, y del que pasó el Niágara sobre una cuerda, encaramado en las espaldas de Blondín?

Y también caigo en la cuenta de que ni esta pregunta, ni mucho de lo que la precede, eran de necesidad para el fin que me propuse sacando á relucir el patache en este cuento; pero no siempre se corta por donde se señala, ni es fácil hablar con interés de un desdichado sin hacer una excursión por todo el campo de sus desdichas. Achaque es éste del corazón huma-

no, y ¡ojalá no adoleciera de otros más graves! Perdona, pues, el lector las sobras, si le molestan, y aténgase á lo pertinente al caso, para comprender la importancia de los favores que hacía el señor don Venancio Liencres al patrón del *Joven Antoñito de Ribadeo*, sacándole del apuro de sus largas estancias junto al Muelle, una vez con fletes de preferencia, y otras con generosos anticipos de dinero.

Tolín sabía algo de esto, porque estaba cansado de hallarse con el patrón en la escalera, y de oír hablar de él á su padre; y como no hay patache que, por malo que sea, no tenga una lancha bastante buena, la del *Joven Antoñito de Ribadeo* era, casualmente, de las mejores en su clase: ligerita y esbelta, no mal pintada ni muy sucia. Tolín vió esto; y por verlo, se acordó de los vínculos que unían con su padre al patrón del patache; y acordándose de ello, un día se coló en el *Joven Antoñito de Ribadeo*, en el cual no le recibieron con palio, porque no le había; pero, en su defecto, el patrón se le presentó á sus marineros para que se le tratara allí como quien era, concluyendo por advertirles, pues barruntaba lo que iba buscando el chicuelo, que siempre que pidiera la lancha se la dieran, y hasta la ayuda del motil cuando tratara de salir de la Dársena.

Desde aquel día mandaba Tolín á bordo del

patache más que el mismo patrón. Pero no abusaba. Su único entretenimiento era bajarse á la lancha, siempre ociosa, puesto que el barco estaba atracado al Muelle, y desde que el motil le había enseñado á cinglar, andar voltejeando por la Dársena, ó corretear de aquí para allí agarrado á las estachas de los quechemarines y lanchones. Tolín habló de estas cosas con Andrés en cuanto fué su amigo; y Andrés, asombrado de la fortuna de Tolín, quiso que le presentara en el patache aquel mismo día; y Tolín le presentó, no solamente como un amigo, sino como su futuro *consocio* en la casa de comercio, y además como hijo del capitán de la *Montañesa*. Un solo título de éstos hubiera bastado para merecer toda la consideración de los tripulantes del *Joven Antoñito de Ribadeo*; con los tres juntos, casi le admiraron. Después trepó por la jarcia hasta los tamborettes, y bajó hasta el fondo de la bodega con la agilidad y firmeza de un grumete; y, por último, saltó á la lancha, armó uno de sus remos á popa, y cinglando con una mano sola y con la otra en la cadera, llegó, sorteando lanchas y cabos tendidos, hasta la Rampa Larga en un periquete, y en otro volvió. Aquello acabó de ganarle las simpatías de la tripulación del patache, y desde entonces ya tuvo barco donde holgar á su antojo, y lancha bue-

na y de balde con que salir á bahía, solo ó acompañado, á correr las aventuras de remero y de pescador. ¡Nunca pudo imaginarse Tolín, poco dado á las emociones marítimas, el valor de la ganga que proporcionó á su amigo al partir con él su privanza á bordo del *Joven Antoñito de Ribadeo!*

Andrés, en cambio de este favor, quiso hacer partícipe á Tolín de todas sus amistades y entretenimientos, que pudieran llamarse de contrabando. Pero las diversiones del Muelle-Anaos no eran para el hijo de don Venancio Liencres. Las bromas de Cuco le asustaban; los Cafeteras, Pipas y Micheros, grandullones ya, le inspiraban poca confianza, y los Surbias, Coles, Muergos y Guarines, tropa menuda, con sus hembras y todo, le olían muy mal y le daban asco. De la Maruca ya había probado bastante para convencerse de que no debía volver allá. En la calle Alta, á donde también le llevó su amigo, le pareció bien la gente de la bodega; pero la bodega y el resto de la casa, no tanto; el resto de la casa sobre todo. La curiosidad le arrastró á explorarla un poco por la escalera. No pasó del tercer piso. Tramos inseguros; escalones desclavados ó carcomidos; ramales inesperados, á derecha é izquierda; y donde quiera que fijaba la vista, una puerta negra, mal cerrada y llena de rendijas... ¡mu-

chas puertas!... ¡y unas caras asomando, á veces!... ¡con unas greñas!... ¡y unos rumores *adentro*, y unos gritos!... Luego, mugre en las paredes, mugre en la barandilla, mugre en los peldaños... ¡y una peste á *parrocha*, y como á espiñas de bonito chamuscadas!... Llegó á creerse perdido y enfermo en un laberinto de horrores inmundos; dudó un instante si aquello era realidad ó una pesadilla, y retrocedió espantado, llamando á Andrés que ya subía en busca suya.

—Pues todas las casas de la calle son por el estilo... ó peores—le dijo, para tranquilizarle.

Y Tolín, al saberlo, cogió miedo á toda la calle, por la cual no había pasado dos veces en su vida.

No le faltaban agallas, ni era dengoso; pero su parte física era débil, y el espíritu mejor templado flaquea dentro de un cuerpo enfermizo. Además, su educación había sido exclusivamente terrestre, y la tierra era su elemento para las pocas valentías que podía permitirle su naturaleza. Jamás se le hubiera ocurrido andar en bote por la Dársena, sin ser el bote de un amigo de su padre y capitán de un barco atracado al Muelle; conjunto de circunstancias que, cuando voltejaba cerca del patache, le permitían considerarse en el portal de su casa, entre amigos de la familia. Lo menos ma-

rítimo de lo marítimo, en punto á recreaciones, era la Maruca, por abundar en ella la pillería terrestre; y por eso, y por estar cerca de su casa y conocerla mucho de vista, intentó, con mal éxito, acercarse allá.

De modo que le dijo á Andrés, después de la prueba de la calle Alta, que contara con él para todo menos para *esas cosas*; y como habiéndole acompañado un día á pasear en el bote del patache, y yendo los dos solos remando les arrastrara la marea y los aconchara contra la cadena de una fragata, poniéndolos el bote casi quilla arriba, trance en el cual hubieran perecido sin el socorro de una barquía que pasaba, también le advirtió que no volvería á remar con él otra vez, si salían fuera de la Dársena.

Andrés se admiró de que hubiera un muchacho á quien no le gustaran *esas cosas*, y procuró complacer á su amigo acomodándose á sus gustos siempre que podía: apartóse algo de la Maruca y del Muelle-Anaos; pero no de la calle Alta, á donde iba con bastante frecuencia á echar largos párrafos con la gente de la bodega; porque además de que tío Mechelín, á quien había caído muy en gracia, le encantaba con sus relatos de la mar, con sus cuentos y, sobre todo, con su buen humor, y tía Sidora se gozaba mucho en verle por allí,

al despedirse de todos nunca dejaba Silda de decirle, con su acento imperioso y su ceño duro:—Vuelve.

Y ¿cómo no había de volver Andrés, si le daba gloria ver á aquella chiquilla, poco antes medio salvaje, sentadita al lado de tía Sidora, tan limpia, tan peinada, tan aliñadita de ropa, tan juiciosita, pasando un hilo por dos remiendos para soltarse á coser, ó manejando el juego de agujas para aprender los *crecidos* en una media de algodón azul! Además, le había afirmado tía Sidora que sacaba mucho arte para la cocina y para el arreglo de la casa, y que cuando la llevaba consigo á las faenas de la Pescadería, de todo se enteraba y de todo le daba cuenta después; y eso que parecía que en nada paraba la atención. No quería ni que la hablaran de la vida que había hecho hasta allí desde la muerte de su padre. Por lo que toca á tío Mechelín, todo se le volvía contar á Andrés las habilidades de Silda, en cuanto ésta daba media vuelta, y enseñarle los botones que le había pegado, *ella sola*, en el chaleco, ó el remiendo que le había cosido en el elástico. En fin, que la chiquilla era otra ya, y el honrado matrimonio estaba chocho con ella. Á mayor abundamiento, *las* del quinto piso andaban calladitas como unas santas, cansadas de provocaciones y chichorros inútiles desde el balcón y siempre que

entrando ó saliendo, pasaban por delante de la bodega, porque cuando uno no quiere dos no riñen, sin contar con lo que las refrenaba y contenía la declaración del Cabildo, que, desatendida, podía dar en qué entender hasta á la autoridad de Marina, cuyos fallos no admitían réplica. ¿Qué más! Hasta Muergo parecía influído benéficamente por la transformación de la chicuela. No solamente no había vendido la camisa, sino que andaba á la conquista de otra, ó de cosa mejor, presentándose á menudo en la bodega, con el poquísimo aseo que cabía en un puerco como él y triscándose, en tanto, los zoquetes de pan que, no de muy buena gana, le regalaba su tía.

¿No era hartó justificable el placer que experimentaba Andresillo viendo tales cosas en aquella pobrísima morada? ¿No era el bienestar que reinaba en ella, alrededor de Silda, obra suya, hasta cierto punto?

¿Quién, sino él, había cogido á la desamparada criatura en medio del arroyo, y la había puesto en camino de llegar hasta donde había llegado? Que no pensara Tolín en apartarle de la bodega de la calle Alta, porque eso ni podía ni debía hacerlo él, aun sin lo mucho que le tiraban hacia allá sus aficiones marineras, los relatos del campechano tío Mechelín y las cariñosas deferencias de la tía Sidora.



XI

LA FAMILIA DE DON VENANCIO, DOS PUNTAPIÉS,
UN BOTÓN DE ASA Y UN MOTE

No tomaba con tanto calor el asunto de la letra inglesa y del repaso de cuentas; pero no le desatendía. Su madre pedía á menudo informes al maestro, y éste se los daba bastante buenos; su padre, descansando en el interés que su mujer tenía en que Andrés navegara en popa por sus nuevos derroteros, sólo se ocupaba en los últimos menesteres para la habilitación de su barco, próximo á dar la vela para la Isla de Cuba; don Venancio parecía complacerse mucho en ver tan unidos á su hijo y al del capitán y hasta la encopetada señora del comerciante había dado algún testimonio (no se sabe si espontáneo ó aconsejado por su marido) de que no le desagradaba el nuevo camarada de Tolín.

Al llegarse éste una tarde á merendar, muy de prisa, porque le aguardaba Andrés en el portal, le dijo su madre: